

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«Romanos Pontifices potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.»

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PARQUES DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 10 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 10 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le reinitan en carta sin cartificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta, y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA

Hoy tampoco podemos por falta de espacio hacer nuestra acostumbrada reseña de noticias extranjeras. Necesitamos de todo el periódico para oponernos al proyectado reconocimiento de Italia, y nos parece que a nada más español ni más católico podíamos actualmente dedicar nuestras columnas.

Nos limitamos, pues, en esta sección a publicar las últimas noticias telegráficas.

### TELEGRAMAS.

PARIS, 16.

El empréstito que va a contratar la ciudad de París, se emitirá directamente por el ayuntamiento, cubriéndose por medio de una suscripción pública. El tratado que el ayuntamiento ha celebrado con la compañía del Crédito mobiliario, no tiene otro objeto que el de garantizar el completo resultado de la emisión.

Dice el Monitor que Mr. de Sartiges ha salido de Florencia para Valdiere.

El mismo periódico dice que el Príncipe imperial se halla ya casi restablecido, y la Patrie lo confirma asegurando que el Emperador saldrá el lunes para Plombières, y la Emperatriz con el Príncipe saldrá el martes para Fontainebleau.

PARIS, 17.

El Monitor anuncia que el Príncipe Imperial se encuentra casi completamente restablecido en su salud.

Dice la France que el Emperador partirá muy en breve. Otro periódico asegura que no será hasta fines de la presente semana.

ALEXANDRIA, 16.

El cólera disminuye considerablemente.

En Altona se ha verificado una entrevista entre el duque de Augustenburgo y el Príncipe Real de Prusia.

PARIS, 17.

En la Bolsa de hoy, quedaban: el 3 por 100 interior español, 4 00 0/0; el exterior, 4 00 0/0; la diferencia a 39 1/4; la amortizable a 00; el 3 por 100 francés, 4 67 1/2; el 4 1/2 a 97-00.

LONDRES, 17.

Los consolidados ingleses quedaban de 90 1/8 a 1/4.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 18 DE JULIO DE 1865.

EXPOSICION QUE EL EXCMO. SEÑOR OBISPO DE PAMPLONA HA DIRIGIDO A S. M. LA REINA (Q. D. G.) CONTRA EL RECONOCIMIENTO DEL PRETENDIDO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

El derecho de petición que en España es tan antiguo como la monarquía, y el deber que todo Prelado católico tiene de decir a sus Reyes la verdad entera cuando las pasiones de los hombres intenten de cualquier modo ofuscarlos, mueven hoy al Obispo de Pamplona que suscribe a rogar a V. M. se digne prestar un momento su soberana atención a la súplica que ardiente y reverentemente le dirige, de que su Gobierno no reconozca por ningún título ese monstruoso conjunto de atentados contra el derecho público y de gentes, contra la historia y la autonomía de los pueblos, contra la Religión y la moral, que llaman reino de Italia.

Al ver la cordura y dignidad con que en esta parte se ha procedido en España hasta el presente, era de confiar que inalterables los grandes principios que retraían de semejante reconocimiento, inalterable había de ser siempre su observancia, fueran cualesquiera las circunstancias que sobreviniesen; y así es hoy de esperar también que en cualquier evento el Catolicismo y el españolismo de V. M., que son los mismos del pueblo español, serán en todo tiempo secundados de una manera franca y leal en la solución de cuestiones de suyo delicadísimo, que además de la conservación de los poderes legítimos, afectan vivamente al honor y a la conciencia de los Soberanos.

El Obispo de Pamplona ha presenciado con el asombro y pena que V. M. comprenderá mejor que no le es dado a él explicar, cómo ha sido anunciado a la faz de una nación no menos hidalga que católica que el Gobierno de V. M., católico por consiguiente como su Reina, cree llegado el tiempo de adoptar un partido respecto a la llamada cuestión de Italia, y con este motivo se han pronunciado en pleno Parlamento, según ha publicado la Gaceta oficial, expresiones tan desprovistas de verdad histórica como impregnadas de un glacial excepticismo contra la Religión católica, apostólica romana, la Religión de todos los siglos de esta nación de héroes, la Religión que la ha dado el ser y ha constituido su vital principio, el primer móvil de su honor, el mejor timbre de sus glorias, la base de su independencia, el espíritu de sus progresos en las ciencias y en las artes, y por fin el vínculo sobrenatural

que la une con el verdadero Dios y encadena en provecho suyo la acción de su Providencia!

Esas tendencias funestas, ese destemplado lenguaje que sin ejemplo en los pueblos civilizados hace tiempo viene notándose sobre todo en la prensa periodística, que tantos males con sus discusiones torpes ha ocasionado a esta pobre nación, y tantos clamores ha arrancado a los Obispos y a las familias, son, Señora, no lo dude V. M., el primer oleaje de una alta y embravecida marea con que el espíritu de sectas condenadas por Dios, verdaderas rémoras de la civilización, hasta aquí subterráneas, y hoy desplegadas a los ojos de los hombres con sus caracteres propios en toda su horrible desnudez, avanza sobre la desventurada España para sepultar en hondo abismo su honor, su historia, su Trono con sus Reyes, su Religión con sus altares, su independencia y su nacionalidad.

Los autores y cooperadores de esos sacrilegios despojos perpetrados por los medios más viles, y bajo el aluvión de inauditos crímenes en los varios Estados de la península italiana, saben a dónde van por sus vías de reprobación: a suprimir el reino y la ciudad capital de la cristiandad, y a extinguir, si les fuera posible, la voz de Dios sobre la tierra. Y es esto tan cierto que no se pide a S. M. el reconocimiento de un Estado formalmente constituido, cualesquiera que hayan sido los antecedentes de su constitución, no: porque ese reino, cuyo reconocimiento por parte de España tanta falta hace, después de haber entregado al extranjero la cuna de la Monarquía, anda errante de capital en capital, con paso de aventurero, pero enderezado al fin, que es la ocupación de Roma, el destronamiento del Papa, la destrucción de la Iglesia. Es decir que no se trata del reconocimiento de un hecho consumado, sino de la aprobación de un mero conato explicado por una marcha señalada con la huella del crimen y un reguero de lágrimas y sangre, de una marcha en que una mano sacrilega, amputada ya y desechada del cuerpo de la Iglesia, se lanza a derribar de su sacratísimo sitial al Vicario de Jesucristo; de manera, que un proyecto criminal no del todo consumado, una acción mala, un verdadero sacrilegio, esto es lo que se quiere que apruebe, y sancione, y reconozca legítimo, honroso y digno el Gobierno de V. M. Pero V. M. en su alta sabiduría y en sus sentimientos católicos no desconoce que no son los Reyes los que hacen justos o injustas las obras y las acciones, sino Dios, de cuya voluntad y eternas leyes es natural intérprete el Pontífice romano, a quien seguramente no quiere V. M. ni su Gobierno derribar de su sitial; y V. M. sabe también que ese Pontífice Sumo ha renovado contra los usurpadores de Italia y sacrilegos despojos de los Estados de la Iglesia la declaración de las penas y censuras de todos los siglos la Iglesia ha fulminado contra los perpetradores de esa clase de latrocinios, sus instigadores, cooperadores y los que a ellos se adhieren; y que no pasa un año sin que levantando el Papa sus brazos y su voz en medio del primer templo del mundo, deje de protestar contra esos despojos y condenar de nuevo tamaños sacrilegios.

Hay por otra parte un compromiso solemne de la Iglesia universal contraído con su venerable Cabeza visible. En el día solemne de Pentecostés, 8 de Junio de 1862, reunidos todos los Obispos del orbe católico a los pies del sucesor de Pedro, y digo todos, porque los que no tuvimos la dicha de poder asistir, no tardamos en enviar una ferviente protesta de adhesión, sintiendo que en sus lenguas vibraban aquellas llamas que encendían con un deseo ardiente por la salvación de las almas de los hombres el corazón de María, cerca de la cual se hallaban los Apóstoles, arrastrando a los mismos Apóstoles a proclamar la grandeza de Dios, exclamaron hablando con el Papa: «Vos habéis declarado en un lenguaje elevado y solemne que queráis conservar enérgicamente y guardar íntegra é inviolable la soberanía civil de la Iglesia romana, sus posesiones temporales, y sus derechos que pertenecen al universo católico; que la protección de la soberanía de la Santa Sede y del patrimonio de San Pedro pertenecía a todos los católicos: que estábais dispuestos a sacrificar vuestra vida antes que abandonar en un punto esa causa de Dios, de la Iglesia y de la justicia. Aplaudiendo con nuestras exclamaciones esas magníficas palabras, nosotros respondemos que estamos dispuestos a ir con vos a la prisión y a la muerte.»

Y prosiguen los Obispos:

«Habéis condenado con justa sentencia a esos hombres culpables que han invadido los bienes eclesiásticos, y habéis proclamado nulo y de ningún efecto todo lo que ellos han realizado; habéis decretado que todos los actos in-

tentados por ellos eran ilegítimos y sacrilegos; habéis declarado, con razón y buen derecho, que los autores de esos crímenes eran mercedores de las penas y censuras eclesiásticas. Estas graves palabras salidas de vuestros labios, y estos actos admirables, nosotros debe nos reconocerlos con respeto, dándoles de nuevo nuestro pleno asentimiento.»

Este asentimiento no fué, Señora, un acto efímero y pasajero; fué, sí, una declaración de fe y de los sanos principios de derecho que profesa la Iglesia; declaración hecha de una manera ecuménica con Pedro a la cabeza, y con la inmediata adhesión de todos los Obispos ausentes. El de Pamplona mereció de Su Santidad la aceptación de su adhesión al mensaje de sus hermanos en estas palabras que no se borrarán de su pecho: «No podemos, lo escribe el Padre Santo, dejar de experimentar la sensación más grata al leer las nobles expresiones de tu religiosísimo espíritu, en las que laudablemente declaras tu firme adhesión a la causa de la Iglesia católica, de esta Sede apostólica, de la justicia y de la verdad.»

El despojo por tanto de los Estados Pontificios ha recibido su fallo condenatorio por toda la Iglesia docente, dispersa y congregada; y V. M., que ciñe su gloriosa Corona entre los puros resplandores de las almas cristianas, no puede consentir que la nación española aparezca, sin quererla ella, en contradicción con el Papa y la Iglesia universal, no puede autorizar trato alguno con esos desgraciados sacrilegos invasores, cuyas frentes soberbias y codiciosas han ennegrecido el anatema, y menos versando el trato sobre los mismos extremos que han motivado la condenación; antes como buena Reina, amante de su pueblo, cuyas necesidades conoce, sabrá mandar proceder con el atribulado Pastor Supremo de la Iglesia como exige Dios de los Reyes, esto es, con el apoyo y protección que le permitan las fuerzas del Estado: si no con demostraciones materiales como las que en 1850 enaltecieron en Roma el glorioso reinado de V. M., al menos con los recursos morales que le sugerirá su sublime espíritu y su magnánimo corazón para no ponerse en choque con sus sentimientos de Reina, de madre y de predilecta hija de la Iglesia católica.

Esto únicamente pide a V. M. el Obispo de Pamplona, esto ruega al Altísimo en sus pobres oraciones conceda a V. M.: el acierto para labrar la felicidad de esta nación; y salvarla de la ruina en que están hoy trabajando el extranjero con unos cuantos desnaturalizados hijos suyos; la fortaleza para remover esos obstáculos que las sectas y la revolución van amontonando para hacer de España el patrimonio del error y el vicio, y avarla al carro de desordenadas y escandalosas ambiciones: la decisión para que sea de una vez quebrantada esa proterva inclinación de los modernos reformadores a destruir la cátedra de San Pedro, para hacer luego consistir toda moral y todo honor en acumular riquezas, sin reparar en los medios, para satisfacer todas las pasiones depravadas: luces superiores, en fin, para reconocer, contra ese irrealizable reino de Italia, y en unión con la Iglesia universal, que la soberanía temporal de la Santa Sede es una necesidad, y que ha sido establecida por un designio manifiesto de la Providencia divina, como que en el estado actual de las cosas humanas esa soberanía temporal es absolutamente requerida por el bien de la Iglesia y para el libre Gobierno de las almas; porque se necesita seguramente que el Pontífice Romano, jefe de toda la Iglesia, no sea ni el súbdito, ni aun el huésped de ningún Príncipe, sino que sentado sobre su Trono y Señor en su dominio y su propio reino, no reconozca otro derecho que el suyo, y pueda con noble, apacible y dulce libertad proteger la fe católica, defender, regir, gobernar en fin toda la República cristiana.

Estos son los votos que renueva ahora el Obispo de Pamplona a los pies del augusto Trono de V. M., y con ellos todos los diócesanos y paisanos, los buenos, los leales, los monárquicos navarros, Navarra, Señora, ni quiere dejar de ser católica, ni quiere dejar de ser española; y teme por la pérdida de cualquiera de estos esenciales caracteres, porque en la pérdida del uno ve envuelta la ruina del otro. No es fácil atender a ellos sin exaltar su honor y comprometer su existencia, que ha sacrificado y está dispuesta a sacrificar generosa hasta derramar la última gota de sangre de sus hijos cuando se trata de salvar su le, sostener el trono de sus Reyes y la independencia de la nación; pero no hay necesidad de hacer perder la paz a los corazones, ni consentir el ver la nación abatida, deshecha y aniquilada, si V. M. consigue, con el fervor de Dios, atajar toda senda extra-

viada que tal vez inadvertidamente quisiera emprenderse en daño de la Religión y de la patria.

Dios Nuestro Señor conserve la preciosa vida de V. M. muchos años para bien y prosperidad de esta Monarquía, como fervientemente le desea este su leal y amantísimo Capellán.—Pamplona, 10 de Julio de 1865.—Señora.—A los R. P. de V. M.—PEDRO CIRILO, Obispo de Pamplona.

EXPOSICION DEL EXCMO. E ILMO. SEÑOR OBISPO DE PLASENCIA A S. M. LA REINA.

SEÑORA:

Cuando el Obispo de Plasencia dirige a vuestra majestad una humilde súplica para que se sirviese difundir el reconocimiento del llamado reino de Italia hasta que nuestro Santísimo Padre lo hubiese verificado, o al menos lo hiciese con su acuerdo, puesto que de este modo obraba V. M. con la seguridad de conciencia que en todos sus actos desea, ha visto con profundo dolor las calificaciones impropias que parte de la prensa periodística se permite contra un Príncipe de la Iglesia, apellidándole faccioso, rebelde y hasta traidor, por el sólo hecho de haber expuesto a V. M. las razones que ha creído convenientes en cumplimiento de su deber, y aconsejado el no reconocimiento del reino de Italia, interin no lo hiciese Su Santidad.

Si deplorable es conducta tan poco conforme con el respeto y consideración que su elevada dignidad reclaman, es aun más se pida al Gobierno de V. M. su inmediata destitución, cuando menos, y esto por perturbador de las conciencias, solicitando a la vez sea extensivo este procedimiento a todos los Arzobispos y Obispos, porque solidándose de lo que deben a su ministerio, (es decir, haciendo lo mismo que aquel Prelado ha hecho) producirán en el país la más honda perturbación.

Los enemigos de la Iglesia, que lo son también de V. M., desean sin duda que los Obispos enmudezcan, cuando tienen obligación de hablar en cumplimiento de sus juramentos, y así se explica el por qué de esos epítetos degradantes, de esos epigramas de mal género, de esas calificaciones absurdas, de esa mola ridícula, y de esas calumnias atroces que tienden a desprestigiar, a rebajar, a degradar, si posible les fuera, al Episcopado español; y como si todo esto no bastase, se valen de las amenazas más terminantes como arma poderosa y capaz, en su concepto, de intimidarles, inhabilitarles y sellar sus labios. ¡Cuán equivocados viven, Señora, los que así discurren! Con semejante teoría, se desconocería la fuerza imperiosa de los deberes, sería ilusoria la fe de los juramentos y se harían imposibles las obligaciones más sagradas. No, ni las consideraciones mundanales, ni los obstáculos sistemáticos, ni el desagrado de los políticos, han bastado jamás para que los Obispos españoles dejen de acudir al Trono de su Reina, como cualquiera otro de sus leales vasallos, exponiendo lo que han creído justo con la libertad propia de su ministerio y como prueba de su fidelidad.

Por no faltar a esta ni a la que debe a la Silla Apostólica, el de Plasencia llega hoy a V. M. interesando su magnánimo corazón en favor del Padre común de los fieles, que despojado de gran parte del Patrimonio de San Pedro, de que es fiel custodio y digno depositario, aislado en medio de tantos y tan poderosos enemigos y estrechado por todas partes con exigencias a que no le es dado ceder, verá con honda pena que reconociendo la ilustre descendiente de la grande Isabel la Católica el llamado reino de Italia, asiente, legítima y aprueba, lo que Su Santidad ha desaprobado y rechazado y condenado como un acto atentatorio de sus legítimos, imprescriptibles y sagrados derechos; como una usurpación del poder, dominio y jurisdicción de la Santa Sede; como un despojo sacrilego consumado violentamente con asombro del mundo católico y contra el cual no cesa ni cesará de protestar, en prueba de su no asentimiento.

No sea así, Señora, no, porque si la situación de un despojado interesa en su favor la compasión del más extraño; si la orfandad y aislamiento inclinan el corazón del más indiferente; si la ancianidad cercada de penas y amarguras reclama su natural protección aun del hombre más desprecupado, y si al afligido está vedado alijir más, ¿cómo V. M., a quien Dios ha dotado de un corazón magnánimo, generoso y sensible, ha de agravar con su adhesión la crítica, cuando azorosa situación de ese ilustre despojado, de ese interesante huérfano, de ese venerabilísimo anciano, de ese cariñoso padre el inamortal Pío IX?

Nunca como ahora, Señora, necesita pruebas positivas de fidelidad, ya que los más poderosos de la tierra se han conjurado contra el ungido

del Señor, y solazándose con el triunfo que esperan, han jurado romper los sagrados vínculos que a él los liga, han resuelto sacudir el suave y amoroso yugo de su dependencia como gravoso é insoportable, y concebido el monstruoso plan de acabar, si posible les fuera, con el Catolicismo, base primordial de la estabilidad, orden y felicidad de las naciones: nunca como ahora recibe con más placer y gratitud los homenajes de respeto, consideración y aprecio que de justicia le son debidos y su divina institución reclama, por lo mismo que ahora es denostado, zaherido y calumniado por aquellos mismos, que prodigándole frases halagüeñas y conceptos estudiados, aspiran a su aniquilamiento y destrucción: nunca como ahora merece más simpatías el sucesor del Príncipe de los Apóstoles y Vicario de Jesucristo en la tierra, que sin otras armas que un cayado, unas llaves y dos palabras, está dando al mundo entero el ejemplo más sublime de heroísmo que vieron los siglos.

Si, con ese cayado apacienta, rige y gobierna más de doscientos millones de católicos y su nombre es conocido, venerado y querido por toda la redondez de la tierra, y su doctrina recibida, acatada y conservada como ley divina por todos sus hijos, y sus discursos, sus frases, una sola palabra que pronuncien sus augustos labios, arrojados con religioso respeto a la vez que santo entusiasmo. Con sus llaves ostenta la potestad divina de que se halla revestido y le fué dada en la persona de Pedro y sus sucesores por el mismo Jesucristo para abrir y cerrar las puertas del cielo; autoridad sin igual, sola, única y aunque depositada en los representantes del humilde Pescador de Galilea, jamás han podido arrebatarse las potestades todas de la tierra. Con el *Non possumus*, cual fortaleza inexpugnable, detiene en su presencia a los enemigos más astutos, inutiliza sus combinados planes, los hace retroceder cubiertos de confusión, y por más que coaligados reiteran sus multiplicados esfuerzos y cien veces más ponen en juego los variados cuanto abundantes recursos de su hábil diplomacia para obtener la victoria que en tantas ocasiones han prometido y nunca alcanzado, Pío IX triunfa de todos, y ostentando esa serenidad, patrimonio del justo, es admirado, querido y amado como un hombre de Dios a quien de continuo asiste la protección divina.

Pues bien, Señora; ahora es también cuando, habida consideración a estas lácricas indicaciones, en gracia de la brevedad, y recordando V. M. sus simpatías por el Padre Santo, no menos que las singulares pruebas de aprecio, respeto y ternura filial que constantemente le ha prodigado, si quiera sean recompensa de las bondades con que ha singularizado a vuestra magestad y Real familia, y muy particularmente la que ha tenido con el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias, objeto preferente del corazón maternal de V. M., si preferencia cabe en sus regios vástagos; ahora es, cuando el Obispo de Plasencia, poseído del respeto y consideración debidos al Trono de sus Reyes, ruega y suplica encarecidamente a V. M. que antes de reconocer el llamado reino de Italia, se sirva poner de acuerdo con nuestro Santísimo Padre Pío IX, quien en su probada sabiduría aconsejará a V. M. cómo debe obrar en un negocio tan grave como difícil, y cuyas consecuencias están íntimamente unidas a la soberana resolución que V. M. adopte.

Para qué esta sea del agrado de Dios y exenta de responsabilidad en su divina presencia, el que suscribe pide y peliré al Dador de todo bien, conceda a V. M. los auxilios necesarios y otorgue la gracia indispensable y que sea de su divino agrado, derramándola asimismo sobre el augusto esposo de V. M., el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias y toda la Real familia.

Plasencia y Julio 14 de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Su humilde y fiel súbdito, GREGORIO MARIA, Obispo de Plasencia.

EXPOSICIONES A S. M. CONTRA EL RECONOCIMIENTO DEL TITULADO REINO DE ITALIA.

SEÑORA:

«Son tan revueltos los tiempos presentes, que hasta éste rincón de vuestros dominios llega ya el triste clamor con que por todas partes se anuncia la inminencia de grandes y profundos trastornos sociales.

«No hay paz.

«Agítase en los pueblos andaz, porque se cree vencedora, la revolución, y la revolución es el mal, avasallando todo principio de justicia; toda idea de derecho.

«España, Señora, esta patria en que nacimos, ha vivido próspera y envidiada, conservando a través de los siglos el rasgo más señalado de su peculiar fisonomía. Ermosos aquellos héroes que escribieron con su noble sangre la gloriosa epopeya que principia en Covadonga y concluye en Granada; católicos y monárquicos.







SEÑORA:

La noticia de que se trata de someter á la aprobación de V. M. el reconocimiento del titulado reino de Italia, ha sido una nueva espada de dolor para el corazón de todos los buenos católicos, que ya hace tiempo sentían amargamente la persecución del Romano Pontífice Pío IX. arrancamiento despojado por el Rey del Piemonte de sus derechos y Estados como Soberano temporal. Por eso, Señora, los que suscriben, vecinos de la villa de Espinosa de Hezures, en la provincia de Guadalajara, participantes de aquel dolor y sentimiento, elevan sus clamores al Trono de V. M., su querida Reina, suplicándole rendida y encarecidamente se digné no aprobar ni reconocer ese monstruoso conjunto de iniquidades á que se ha dado en llamar reino de Italia, siguiendo la conducta que sobre dicho asunto siga el Vicario de Jesucristo, de quien es hija sumisa V. M.

Así lo esperan del acendrado Catolicismo de vuestra majestad, entretanto que ruegan al Altísimo conservar la interesante vida de V. M. por dilatados años para el bien de la nación española.

Esposna de Henares, 9 de Julio de 1865.—Señora.—A L. R. P. de V. M., vuestros fieles súbditos.—Hermengildo Puente, fabricante de marinas.—Manuel Perez y Felipe, propietario.—Antonio Vassallo, propietario.—Valero Perez y Rascon, Párroco.—Isidoro Ternero.—Pablo Perez y Gascon.—Joaquin Daza.—Emeterio Martinez.—Mario Romero.—Juan Cambrotero, profesor de cirugía.—Patricio Santana.—Victoriano Alcorio.—En nombre mio y de Pabla Perez y Gascon, Ramona Perez.—Francisco Galva, propietario.—Juan Lopez Blanco.—Juan Torres.—Frutos Lopez Bartolomé.—Mateo Galvo, propietario.—Manuel Argon, propietario.—Félix Zurita, propietario.—Celedestino Sanz, propietario.—Pedro Berrojo.

Los que abajo firman, vecinos de Ubierna, diócesis

la provincia de Búrgos, se acercan reverentes al Trono de V. M., diciendo: Que anunciado en el programa del nuevo ministerio el insensato propósito de aconsejar á V. M. el reconocimiento del mal llamado reino de Italia, y no queriendo con su silencio y aquiescencia consentir y aprobar un atentado que no dndan ha de traer consecuencias funestimas al Catolicismo, y á la soberanía temporal del Padre Santo , que acatan, veneran y reconocen como necesaria; deseando al propio tiempo hacer pública su adhesión y aprecio hacia el Vicario de Cristo en la tierra y á la dinastía de V. M. (Q. D. G.).

Se atreven a suplicar rendidamente á V. M. se digne no sancionar el anunciado reconocimiento, hoy más inoportuno que nunca ; y que en otro caso seria la justificación de lo que el Maestro de la verdad, el único Maestro infalible en la tierra, tiene condenado como injusto y sacrilego.

que el cielo ilumine á V. M. y proteja vuestra vida, para prosperidad de la Iglesia católica y engrandecimiento de la monarquía española.—Señora.—A los Reales pies de V. M.

Ubierna, 14 de Julio de 1863.—Tiburcio Cámara, Presbítero.—José de Arce, Capellán.—Florencio Ortega, maestro de instrucción primaria.—Francisco del Cerro, alcalde.—Bernardo del Cerro, regidor síndico.—Antonio del Cerro y Rodríguez, tiente alcaide.—Benito del Cerro, regidor.—Juan Crespo, propietario.—Manuel Diez, secretario.—Rafael Fernandez.—Remigio Fernandez.—Pablo Alonso.—Cecilio Fernandez.—Eulogio de Arce.—Valentin de Arce.—Félix de Arce.—A ruego de Luisa del Cerro, Eulogio de Arce.—Mariano Arce.—Brautio Herrera.—Celerio Arce.—Pedro Arce.—Inocencio Arce.—A ruego de Antonia Arce, José Arce.—A ruego de María Cueva, Félix Arce.—A ruego de Hilario Herrera, Brautio Herrera.—Luis González.—Juan Arce.

pera, Braulio Herrera.—Luis González.—Juan Atce.—A ruego de Gaspar Arce, Braulio Herrera.—Gregorio Díez, regidor.—Florencio Barana.—Manuel Fernandez.—Simon Martínez.—Pedro Gomez.—Fabian Cuerva.—Francisco Cuerva.—A ruego de Carlos Paras, Florencio Barana.—A ruego de José Cuerva, Cecilio Fernandez.—Francisco Fernandez.—Tiburcio Cámara, cirujano.—Apolinaria Cámara.—Eugenio del Cerro, propietario.—Juan Perez, facultativo de cirugía.—Ezequiel Perez.—María Mercedes García / viuda.—Mircelino Sadornil García.—Mariano Díez, propietario.

SEÑORA:

Los que suscriben, con el más profundo respeto se acercan al Trono de V. M. y humildemente es suplican: que como Reina católica no aumentéis la aflicción en el bondadoso corazón de nuestro Santísimo Padre Pío IX, reconociendo ese cúmulo de iniquidades llamado reino de Italia.

Caspy 8 de Julio de 1865.—Señora.—A. L. R. P.  
de V. M.—Joaquín García, prior.—El Arcipreste  
Mosen Felipe Santiago Inoa, regente.—Fr. Antonio  
Cortes, regente.—Fr. Valentin Catalan.—Mariano  
Serrate.—Antonio Perez.—Teresiano Valimaña, diá-  
cono.—Zacarias Navarro, Subdiácono.—Luis Catalan  
estudiante.—Vicente Catalan, estudiante.—Pedro  
García Diez.—Manuel Irla, cantero.—Martin Cata-  
lan y Arpal.—Pascual Catalan y Pozuelo.—José Foga-  
ra.—Lino Zaporter.—José Martin.—Josefa Perez.—Jos-  
é Martin, por su hermano Vicente.—Pedro Fraguag-  
Mariano Zapater.—A ruego de Jacinto Trenas, Ma-  
nuel Zuriquel.—Pedro Cirac.—Manuel Zapater.

Que dijeron no saber, Mariano Zapater, Pedro Martín  
—A ruego de Ramon Alecey y Pascual Pellicer, Ma-  
nuel Pellicer, —Fr. Ignacio Zaporta. —Fr. Sebastian  
Castell. —Mariano Uria de Ateмир. —Mosen Eusebio  
Vul. —Pascual Moyá, Presbítero. —Mariano Navarro  
Subdicoño. —Francisco Subiron. —Antonio Ferran  
—Pedro Borraz. —Por Feliz Cerac, Pedro Borraz. —  
Francisco Pallarés. —Antonio Jordan. —Manuel Villa-  
campa Serrano. —A ruego de Mariano Lasheras  
Mariano Gabín, Manuel Villacampa. —Marcelino Cor-  
tés. —Por Rosa Gimeno, Teresa Villacampa, Petri-  
Villacampa, Lucía Villacampa, Vicenta Martín y Fran-  
munda Fontobis, Manuel Villacampa. —Antonio Mar-  
moyed. —Vicente Anillo. —A ruego de Antonio Bar-  
rillo, Manuel Burillo, Domingo Burillo, Florenti-  
Burillo, Francisco Burillo, Dolores Burillo, Maria-  
Burillo, Bernardino Albai, Eusebio Cirac, José Jover

que no saben, Pedro Martín, Francisco Moreno, A. ruego de Vicente Pobados, Mariano Huallín, Nicolás García, Joaquín Piazuelo, Manceb Catalan, Manuel Sancho, Victoriano Gavín, Rafael Serret, Manuel Alavarda, Manuel Cirac, Francisco Cirac, Eustaquio Soto, José Francisco Catalan, Jorge Doladex, que no sabe firmar, José Martos, Ildefonso Pallares, A. ruego de Felipe Martin, Vicenta Martin, Sebastian Pallares, Maria Chuecas, Pilar Martin, Clementa Martin, Isidoro Martin, Bernardo Martin, Ignacio Clavijo, Teodoro

doro Claramonte, que no saben escribir, Ildefonso Pal-larés.—A ruego de Tomás Tinture, Vicente Tinture, Manuela Casanova, María Caranova, Francisco Alva-redo, Agustín Lasheras, Isidro Tinture, que no saben firmar, José Martín.—Tomás Alonso.—A ruego de Joaquín Alonso, Tomás Alonso, Genaro García, Joa-quín Pardo, Antonio Grau, Francisco Gimeno, Ramon Franco, Pablo Espín, Valentín Trens, Miguel Borraz, Manuel Falcon, Tomás Falcon, Vicente Pardo, Gre-gorio Brealio, Manuel Sancho, Isidro Zaporta, Rafael Jober, Pedro Giraldo, Joaquín París, que no saben firmar, lo hace Tomás Alonso.—Joaquín Gisbert.—Jo-aquín Perez Samper.—Mariano Bonelle.—Valero Gon-zalo.—Vicenta Gonzalo.—Mariano Alvia.—Simon Zaporta.—Batista Pelica.—Manuel Monches.—Mateo Espada.—Manuel Sautica, por no saber, Manuel Pia-uello.—José Oliveros.—Agustín Perez.—Firmo por mi hijo José.—A ruego de Mariano Vicente, y de Ma-nuel Monchus, hijo, firmo, Ricardo Ferrer.—Firmo, Pedro Monchus, a ruego de Alejandro Rorcal, Angel Monchus, Antonio Monchus, Andres Gonzalo, Miguel Mediavilla, Mariano Urdale, Gregorio Rubio.—Joaquín Arnaldos.—A ruego de los siguientes: Manuel Blesa, Vicente Orcal, Antonio Aznar, Joaquín Mustides, Vicente Fontava, Vicente Martín, Cristóbal Gavin, firmo yo, Pedro Arnaldos.—A ruego de Vicente Gon-zalo y de Manuel Giraldo, Manuel Buaya.—Por José Arnaldos, Antonio Arnaldos.—A ruego de Mariano Ca-mo, Luis Jiraldo.—Mosen José María Valimiza y Royo.—A ruego de Agustín Simó y Joaquín Arpal, Lino Zaporta.—José Lerín.—Dímasa Cubero.—A ruego de Manuel Cubero, José Lerín.

SEÑORA:

Los que suscriben, vecinos de la villa de Nerja, provincia de Málaga, acuden respetuosamente á vuestra majestad rogándole que no sancione el reconocimiento de eso que la civilización moderna llama reino de Italia, cuya formación se debe á la conculcación de los Mandamientos de la ley de Dios.

Si ese cúmulo de iniquidades se reconoce por España, es casi cierto que sobrevendrán á nuestra amada patria los males que alijen á aquellos católicos, contristando aún más de lo mucho que está á nuestro Santísimo Padre Pio IX, y sólo se regocijaria el demonio y sus secuaces.

En Dios y en la piedad de V. M. confían que rechazará las sugerencias de los que ciegos aconsejan á V. M. un acto tan ostensiblemente contrario á todos los intereses divinos y humanos.

Nerja, 13 de Julio de 1893.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Domingo Marin, teniente de Cura.—José Antonio de Algarra, Cura párroco.—José A. Valladares, farmacéutico.—Ángeles Gálvez.—Dolores Valladares.—Paulina Valladares.—Mercedes Valladares.—Elena Valladares.—Carolina Valladares.—María Valladares.—María del Carmen Gutiérrez.—José Gutiérrez.

SEÑORA:

Los que suscriben, habitantes de la M. N. y L. villa de Azpetita, en la provincia de Guipúzcoa, y acérrimos defensores de toda justicia y derecho, sabedores del programa del ministerio en los momentos en que la faz del mundo mira con asombro las posesiones que el Monarca Víctor Manuel se halla deteniendo, no pueden menos de elevar su voz al excelso Trono de V. M. suplicando humildemente que poncea jama reconozca el conjunto de iniquidades y sacrilegios despojos del titulado Rey de Italia. No dudando alcanzar esta gracia a una Reina que lleva el renombre de Católica, los exponentes ruegan al Todopoderoso conserve la preciosa vida de V. M. para bien de la Iglesia y de la nación.

Azpeitia, a 14 de Julio de 1863.—Señora.—A los Reales píos de V. M.—Miguel José Oyarzun, Presbítero coadjutor.—José Ignacio Alzázar, Presbítero.—José Ignacio Elorza, Beneficiado.—Juan José Elorza, abogado.—Ignacio de Ibero, abogado.—José Vicente Elorza.—Elias de Mendiola, propietario.—Juan Bautista de Altube y Garnier.—Remigio de Abarrategui, Presbítero coadjutor.—José Joaquín de Iturriz.—Cristóbal de Aizpuru, comerciante.—Francisco de Arregui, Presbítero.—Nicanor Aizpuru, propietario.—Ramon María de Aranzabal.—Miguel Ignacio de Errari.—José María de Beracechea.—José Domingo de Alberdi.—Marcelino de Azpeitia.—Félix Zalacain.—Domingo Artiz.—Francisco Manuel Arizola.—

—Joaquín Rodríguez.—José Ignacio Azcune.—Tomás Arzuaga.—Llesmes Zobiaurre.—Miguel José Belouqui.—Miguel Echeverría.—Juan José Celaya.—Juan Francisco Renentería.—Rómulo Biega.—José Arráiz.—Leon Zubizarri.—Miguel Zubizarri.—Agustín Erenchur.—Juan Echeverría, farmacéutico.—Vicente de Arregui, procurador.—Pascual de Plazaola.—José Luis Larrañaga.—Tomás Eusebio Triolondo.—Santiago Goenaga.<sup>(1)</sup> José Ignacio Zudaide.—Cristóbal Aizpuru.—Ramón Aizpuru.—Juan Vicente de Getáñaga.—Ignacio José Beristain.—Bernabé Lizurume.—Yennicio de Acuatini.—Ignacio de Muguruza.—José María Muguruza.—Fidel Moraza.—José Joaquín Viqueñdi.—José María de Sorzabal, párroco.—José Ignacio de Galdos, Presbítero beneficiado de Urretila.—Rafael Zavala Ancheta, presbítero.—Juan Ascensio Mendiola, Presbítero.—Rafael Zuapola.—Domingo Barrena.—Nicolás Aztatxar.—Francisco Antonio Aztatxar.—Juan Pablo Echezarreta.—Francisco Antonio Echeverría.—Eusebio Murruide.—José Ma-

Manuel Arana. — Ramón Liza. — José Ignacio Iparraguirre. — Manuel de Mendizábal. — José María Gurruchaga. — José Ignacio Altuna. — Domingo Elorza. — Pedro José de Aranzaga. — Genaro Gurruchaga. — José Joaquín Vidaurreta. — Antonio María Echeverría. — Ramón Vidaurreta. — Juan Bautista Bidaurreta. — Joaquín Antonio Arana. — Manuel María de Alzueta. — Joaquín Gurruchaga. — José Vicente de Muguruzza. — Juan Ignacio Liza. — Manuel Lapeira. — José Ignacio Lapeira. — Ramón José Lapeira. — José Manuel Lapeira. — José Ramón Lapeira. — José Miria Lapeira. — José Justo Lapeira. — Juan Lapeira. — Félix Lapeira. — José María Lapeira. — Luis de Goicoechea. — José Manuel Garmendia. — Pedro Aizpuru. — José María Aramendi. — Eduardo Barrena. — Juan Ignacio Barrena. — Luis Echeverría, en nombre de toda la familia. — Beltrán Ausola. — Agustín Iparraguirre. — Miguel Larrañole. — José María Azpiz.

SEÑORA:

Los que suscriben suplican humildemente a vues-  
tra majestad que no reconozca nunca los sacrilegio-  
s despojos y usurpaciones del Monarca que se intituló  
Rey de Italia.

Azpeticia, 14 de Julio de 1865.—Señora.—A los Re-  
yes pies de V. M.—Melchor Oyazun.—Juan Bautista  
de Astiárazan.—Felipe de Iriarte.—José Ignacio de  
Iriarte.—Josefa Ignacia de Echeverría.—José Ventu-

de Velamtegin. — José María Eizaguirre. — José Ignacio Lapazarán. — Eustaquio Muguerza. — Roque de Arteche. — Ignacio M. Arteche. — Eustaquio Rodríguez. — Gregoria Rodríguez. — Ignacio Velastegui. — Pilar Iriarte. — Ignacio Ramon Alcora. — Lucas Uri. — Gaspar Ansola. — Ignacio Olaisola. — Ignacio Saturnino Olaisola. — Josefa Antonia Echeverría. — Francisco Bernardo Olaisola. — Santiago Olrizola. — Joaquín Azpiroz. — Tomás Aguirreabalaga. — Presbítero. — José Ignacio Iriando. — Josefa Ignacia de Larren. — José Francisco de Muguerza. — Juan José Lizurume. — Martín de Azaldequi. — Pedro José Beristain. — José Zubeldía. — José Francisco Beristain. — Juan José Biquendi. — María Josefa Echeverría. — Cárlos Zubeldía. — Modesto Biquendi. — Simona de Egorra. — Joaquín Luengo. — Juan Lopez. — Manuel Amburau. — Tomás Orbeago. — María Josefa Gurruchaga. — Josefa Antonia Arregui. — Ramon Oyazubal. — Andrés Uranga. — Isidro Borbon. — Saturnino Urin. — Francisco Equigüey. — Cláudio Arius. — Vicente Larranaga. — Josefa Larranaga. — Francisco Zubeldía. — José Manuel Larrar. — Magdalena Larranaga. — José Egurrola. — Ignacio Orbeago. — Miguel Gostrilla. — José María Uri. — Simon Otano. — Francisco Landa. — Aquilino Amezcua. — José Miguel Arzuaga. — Ascenio Landa. — José Luis de Górriza. — Petra de Jáuregui. — Josef Sabina Iparraguirre. — Ignacia Antonia Alcora. — Francisco Ascubi. — Juan José Larran. — José Ignacio Amenabar. — José Antonio Juaristi. — José María Arteche. — José María Aguirre. — Por José Bultasar Aguirre. — José Agustín Aguirre. — Magdalena Echano. — Miguel Sasieta. — José Ramon Arocena. — José Joaquín Abalia. — José Ignacio Oyazabal. — Bautista Ignacio Ezaguirre. — Martín Larremendi. — Ramon Azpiroz. — Ignacio M. de Fernandez. — Antonio Fernandez. — Basilio Fernandez. — Francisco Maria de Coenaga. — Andrés Cabredo. — Juan de Amezcua. — Pedro de Albizu, sirviente. — Pedro Parodi. — José Joaquín Sempereña.

**SEÑORA:**

Los que suscriben, fieles súbditos de V. M., se postran llenos de zozobra y de esperanza á los Reales pies de V. M. en nombre del Catolicismo, ¡lealtad es hída guía de la patria. Llegan con zozobra, porque les asalta el temor de que acaso en breve sea reconocido por el poder público lo que se llama nuevo reino de Italia: y como los exponentes en su calidad de católicos consideran vulnerada con ello la más alta justicia, conculcado el Trono más augusto, menoscabados los más venerandos derechos, y en suprema aflicción al Romano Pontífice, no pueden menos de expresar á V. M. la pena de sus corazones.

Sosténielos no obstante la esperanza de que vuestra majestad ocupa el Trono más católico de la tierra, que impera sobre millones de católicos, y que en la augusta persona de V. M. se simboliza cuanto de noble, grandes, católico é hidalgo encierra nuestra querida patria.

Por eso confían en que V. M. atenderá á sus súplicas, calmará sus inquietudes y dará paz á sus ánimos. Por eso esperan que á vuestras augustas resoluciones presida el glorioso recuerdo de la historia patria, que las informe la generosidad española, que las inspire el más acrisolado Catolicismo, que asienten sobre la anchura base de la verdad y la justicia que se modelen sobre el amor ardiente y filial que V. M. profesa á nuestro Santísimo Padre Pio IX, cuya angustia no quiere colmar V. M. ni por sí ni en nombre de su España siempre fiel y leal, siempre generosa.

Dígnese V. M. devolver el sosiego á los corazones de sus súbditos; dígnese asegurar su fundada esperanza; dígnese V. M. por fin oír la suplicante voz de los exponentes; que al consignar la expresión íntima de sus cáuticos y patrióticos sentimientos, se postran sumisos á los pies de V. M., por cuya preciosa vida y la de vuestra augusta familia ruegan incesantemente al Todopoderoso, cuyas lúces guiarán sin duda á V. M. en todo cuanto al bien, esplendor y grandeza de esta católica nación convenga.

Leon. 12 de Julio de 1865.—Señora.—A los Reales pies de V. M.—Luis Retarich.—Andrés Barbajero.—Andrea Barbajero.—Fernando Lunas.—Parroco jubilado.—Braulio de Santiago, Capellán de religiosos.—Julian Perez.—Francisco Martinez.—Antonio Martinez.—Juan Antonio de la Bodega.—Esteban de la Flecha.—Agustín de la Flecha.—Vicente Gozalez.—Joaquín Gozalez.—Feipe, Fiecha.—Laurelio Martinez.—Angel Martinez.—Ecolistica Martinez.—Maria Martinez.—Antonia Scgristen.—Pablo Martinez.—Cláudio Gordon.—Bías Martinez.—Julian Campo.—Pedro Balanzategui.—Santiago Sanz.—Bernardo Barbajero.—Paulino Aguado.—Feliciano Perez.—Felipe Rodriguez.—Vicente Diez.—Norberto Diez.—José Diez.—Laureano Diez.—Fáustino Diez.—Enmerentiano Diez.—Felipa Diez.—Anzela Diez.—Josefa Fernandez.—Matias Diez.—Jose Marty Marcadillo.—Venancio Bustamante.—José Gozalez.—Agapito Fidalgo.—Gerónimo Corral.—Justo Gozalez.—Justa Gozalez.—Vitorio Fidalgo.—Pedro Fidalgo.—Higinio Rubio.—Primitivo Rodriguez Luengo.—Cláudia Rodriguez Luengo.—Mría Luengo García.—Julian Rubio y Santamaria.—Juan L. Castrillon.—Matias Gaitia.—Francisco Gozalez.—José Blanco Muñoz.—Luis A. Moreno.—Isidoro de Robles y Castro.—Clemente Jerrero Cuesta.—Antonio Salazar.—Marcelino Cascos Payero.—Gerónimo Corral y Gozalez.—Vitorina Fidalgo.—Adelaída Fidalgo.—Eusebio Fidalgo.—Fidel Diez.—Florentino Rodriguez Luengo.—Mariano Johi.—José Martinez.

**SEÑORA:**

Los que suscriben, súbditos leales, adictos de corazón a vuestro trono, y como españoles, católicos verdaderos, humildemente suplican a V. M. que en manera alguna reconozca los sacrilegios despojos y usurpciones del Monarca que se intituló Rey de Italia: como lo que, a no dudarlo, quedaría estimado el bondadoso corazón de nuestro amantísimo Santo Padre Pío IX. Así lo esperan de los católicos sentimientos de V. M. cuya vida, y la de su augusta Real familia, quedarán rogando a Dios Nuestro Señor guarde por muchos años para bien y felicidad de la Iglesia y del Estado.

Viana (de Navarra) 11 de Julio del año de 1865.—

—Señora.—A. L. R. P. de V. M.—Manuel Ambrosio Gómez de Segura, Cura de Viana.—Pedro José Pascual, Cura propio de San Pedro.—Segundo Anonimo Hernandez, Beneficiado.—Tiburcio Mateo, Presbitero y Beneficiado.—Remigio Montoya, Presbitero.—Fermín Mate, Presbitero.—Luis Esquide, Presbitero.—Santiago Fernandez, Presbitero.—Pedro Sabando, Capellan.—Manuel María Bea, Presbitero.—Pedro Juan Hernandez, teniente de alcalde 4.º—Guil-

Martín Navarro. — Juan Antonio Esquide. — María Cruz Lema. — Javiera Fernandez. — Agustina Urra. — Félix García. — Jacoba Fernandez. — P. b'lo Notario. — Pablo Guerra. — Juan Bautista Urra. — Francisca Pascual. — Juana Martínez. — Ruperto Montoya. — Leon Montoya. — Santiago Navarro. — Petra Navarro Villalaz. — Calixto Márquez. — Tomás Zuñiga. — María Santos Montero. — Francisca Lalle. — Petra Vicente. — Cesárea Montoya. — Esteban de Marieta. — María Carmen Martínez. — Felipa Arriaga. — Joaquina Correa. — Teresa Dueñas. — Teodosia Mues. — Anzela Marín. — Gómez Chasco. — Catalina Chasco. — Isidoro Alveiz. — Josefa Sabando. — María del Pilar Navarro. — Juliana Montiel. — Vitoriana Gamiz. — A nombre de Asunción Navarro, Vitoriana Gamiz. — Manuel Cendoya. — Vitoriana Arbizu. — Juliana Duque y Cavallo. — Esperanza Suso. — Baltasara Ibarrola. — Manuel Losarcos. — Manuel Losarcos. — Carlos Suso. — Celestina Suso. — Valentín Gamiz. — Francisca Coll. — Victoria Laorden. — Por Toribia E-cala. — Victoria Laorden. — Juan Antonio Martínez. — Por Pia Seran, Juana Antonia Martínez. — Juliana Segura. — Igacia García. — Lizaro Gancedo. — Julian Iriarte. — Simon Velasco. — Andrés Martínez. — Por Bernavea San Millan, Andrés Martínez. — Antonio Servan. — Angel García. — Cef-rino de Dios. — Justo Pastor. — Gregorio Pastor. — Valentín Ruiz. — María Pellejero. — Gabina Arnedo. — Baldomero Montero. — Domingo Abadía. — Anselmo Nicolás. — Leon Aramiyo. — María Orta. — Bernarda Dueñas. — Martina Alonso. — Por Teresa Zuñiga, Martina Alonso. — Por Paula Diaz, Bernarda Dueñas. — Isabel Losarcos. — Por Eulivijs García, Isabel Losarcos. — Josefa Leorza. — Por Manuel Fernandez, Josefa Leorza. — Esteban Abalos. — Cándida Carnicer. — Por Aniceta Peña, Cándida Carnicer. — Por Juan Antonio Carnicer, Cándida Carnicer. — Juan Sainz de Azuelo. — Baltasar Arandia. — Polonia Sainz de Azuelo. — Juana Ramirez. — Victoriana Latasa. — Dolores San Millan. — Por Inocencio Oses, Dolores San Millan. — José María Fernandez. — Tomás Zabalza. — Leon Correa. — Felipa Andrea. — Tomasa Zabalza. — Martina Echarraza. — María Magdalena Urra. — Por María Losarcos. — Faustino Vildoso. — Bernarda Losarcos. — Por Nicolás Avellosano, Bernarda Losarcos. — Fernanda Estechea. — Juliana Monforte. — Petra Losarcos, menor. — Segunda Marañón. — Nicaraora Ibarrola. — Por Donato Sainz, Nicaraora Ibarrola. — Julia Ibarbe. — Por Josefa Sainz, Julia Ibarbe. — Gregoria Vicente. — Antonia Gurjia. — Por J. viera Alba, Angel Garcia. — Por Petra Sanmartin, Angel Garcia. — Catalina Gueto. — Por Lucia Samaniego, Catalina Gueto. — Manuel Gomez. — Por Gregorio Chasco, Manuel Gomez. — Petra Avalos. — B'nfo Chasco. — Ricardo Fernan lez. — Bernardino Arandia. — Francisco Ballesterio. — Pasenala Cavallos. — María Santos Matute. — Francisco Martinez. — Vicente de Dios. — Manuel Alonso. — José Martinez. — Florentina Sagredo. — María Santos Miruri. — Francisco Garcia. — Julian Astrain. — Cenon Barrios. — Por Maria Jesus Astrain, Julian Astrain. — Narciso Astrain. — Miriana Ibarrola. — Lorena Martinez. — Dorotea Landaluz. — Por Cirios Martinez, Lorena. — Por Leonar do Dueñas, Bernarda Dueñas. — Gamsenito Fernandez. — Clemente Jubera. — Hignio Nicolás. — Romualdo Arandia. — Petra Bongoches. — María González. — Roanaa Arandia. — Isabel del Zito. — Agustín Santamaria. — Dinasa Chasco. — Maximina Zubizarra. — Bernarda M. gda. — Roque Montoya. — Vicenta Chasco. — Por Magdalena Oses, Vicenta Chasco. — Florencia Arandia. — Por Rosa Sainz, Florencia Arandia. — Por Mitea Arandia, Florencia Arandia. — Por Eustasio Toledano, Celestino Sainz de Azuelo. — Roman Ramirez. — Milias Haza. — Ubaldo Gancedo. — Toribio Correa. — Gabriel Echarraza. — Juana Garcia. — Juan Fernandez. — Juliana M'león. — Francisca Pradilla. — Por Venancio Orta, Maria Orta. — Por Juliana Ochoa, Esperanza Ruso. — José Cidaro. — Candelas Azpilaga. — Roque Gonzalez. — José Angulo. — Francisco Tiberio. — Por doña Francisca Martinez de la Torre, Narciso Fernandez. — Narciso Fernandez. — Primo Mendioja. — Josefa Montoya. — Zoilo Ibarrodo. — Marcirio Merino. — Maria Nieves Garcia. — Nemesia Chasco. — Por Ciriacho Chasco, Nemesia Chasco. — Por Juan Chasco, Nemesia Chasco. — Por Inocencia Ballesteros, Nemesia Chasco. — Por Manuel Garcia, Maria Nieves Garcia, Vicenta Dueñas. — Antonia Cabezon. — Por mi padre, mi madre y por mi marido, Prisca Mitute. — Por Cándido Lincego, Maria Cabezon, Antonia Cabezon, Luis del Cinto y por la familia, Rosario Marañon. — Maria Arandia. — Tomasa Ramirez. — Lui a Matute. — Por

nuel Ibarrola, —Drotes Arnedo, —Gonzala Barraza, —  
 —Francisca Arnedo —Maria Gonzalez, —Marta Pau-  
 dal, —M.ria Dueñas, —Pedro Cebrian, portoda mi fa-  
 milia, —Felipa Cuadrado, y por mi madre, —M.ª Jaci-  
 na Martinez de la Torre, por toda la familia, —  
 Amalia Mouferte, y por mi marido, —Ignacio Mir-  
 tinez, por toda la familia, —M.ª Idelfonso Ibarroñ y  
 por Angela Dueñas, —Martina Vidóola, —Estan-  
 islada Sinz, y por mis padres, —Felicia Ara-  
 mayo, por toda mi familia, —Miguela Fernandez,  
 y por mis padres, —Esperanza Guerra, —Mi-  
 guel Arana, padre, —Felipa Arana, —Julan Arana, —  
 Manuel Arana, hijo, —Jorja Arana, —Eliogja Miruri,  
 —Juana Vidóola, —Fermína Arvizu, —Cipriana Ja-  
 namil, y por mis padres, —Dominga Correa, —Dolores  
 Manelon, —Ramón Chasco, —F.º lipa Lopez, —M.ª uel  
 Garcia, por mis padres y hermanos, —Justa Ochoa de  
 Alda, —Juana Etayo, —Francisca López, —Evaristo Lin-  
 dalece, por sí y su familia, —Rosa Ibarrola, —Bernar-

lina Uzezzera. —Eulvigis Arbizu, por toda su familia. —Cayetana Vicente. —Dímasa Arneñanzas. —María Fernandez. —Pétra Montoya. —Guillermo Abalos, por toda su familia. —Bernardino del Río, por su familia. —Fermín Angulo. —Dímasa Aguinaga y Lopez de Erijas. —Bilbina García, y la familia. —Manuel Aláiz. —dama, por toda su familia. —Simon Alajma. —Reisidgio Fernandez, por su familia. —Marcel Sagredo. —Magdalena Lopez de Viñaspre. —Juana Aramayo. —Francisco Garcia. —Pruencio Ruiz. —Pedro Juan Zúñiga. —Teodoro Gil. —Isidro Ruiz, y su padre. —Sauting Coodya, por su familia. —Lucia Gil. —Francisco Gil. —Pelfeco Martínez. —Manuela Fluidio. —María Greño. —Severa Navarro. —Rómulo Navarro y su familia. —Manuel Perez, por sus padres y hermanos. —Manuel Duénas, por su familia. —María Rivas. —José Gonzalez. —Pío Gonzalez, por su familia. —Adrés Viñolas. —Tomas Velaz, y su familia. —Rómulo Arandía, por sí y su familia. —Manuel Murin. —Candida Deformada. —Lucas Viñolas y su familia. —Gregorio Martínez. —Rómulo Vicente, y su familia. —Pablo Martínez. —Francisco Ocha. —Ricardo Icliao, por sí y su familia. —Jesus Martínez de Latorre. —Perfecto Urra. —estudiante. —Saturnino de

Pinto, por sí y su familia.—Antonio Alvarez.—Fernando Alvarez, por su familia.—Juliana Gaoza y su marido.—Luis Garcia, y su familia.—Isidro Saenz, por sí y su familia.—Pío Romero, por su familia.—Baltino Valerio.—Evaristo Fernandez, por su familia.—Anastasio Losarcos.—Juan Dueñas.—Pedro Alonso, y su familia.—José María Alonso.—Por los siguientes: María Juberá, Celestina Abadía, Bárbara Alcaraz, Juan Pascual, Demetrio Accarate, Martina Cárlos, Lanza Montoya, Candelis Saenz, Bernudi Saenz, Pedro Arza, Antonia Fernandez, María Jesús Azuñeta, María Cruz Latorre, Manuel Matute, Santiago Lanchego, Ignacio Martinez, Paulino Pascual, Antonia Duque, Benafacia Pascual, M. Ichora Garcia, Sebastian Notario, Petra Combrana, Vicente Correa, Juana Enrique, María Matias Marañón, Patricia, Santiago Martinez, M. tea Garcia, Marcelina Juberá, Francisco Juberá, Teresa Romero, Juliana Ochoa, Baltasar Atamayo, Dominica Garcia, Doagracias Perez, Remigio Billestero, Braulio Izquierdo, Dolores Arina, Micaela Viegara, Eusebio Lopez, Rurto Lopez, Dominica Lopez, Luciana Barco, Benita Rozas, Antonia Aguilu, Marcelina Perez, Hilario Lopez, Candelas Dueñas, Diego Dueñas, Basilio Barco, Felipe Albos, María Notario, Marcelina Abalos, Lucia Abalos, Dolores Abalos, María Dueñas, Ignacio Abadia, Polonia Chislo, Ezequiel Cebada, Juliana Aguirre, Eusebia Augustina, Antonia Soverviola, Fausto Mortioldo, Pedro Saenz, María Montero, Francisca Juberá, Francisco Gonzalez, Marcelino Gonzalez, Nicolás Marín, Sebastiana Suvo, Benita Pellejero, Manuela Lanchego, Eusebia Calvo, M. celsa Zúñiga, Tomasa Fernandez, Manuela Diaz de Cerion, Eladia Aramay, Alejo Antonio Matute, Josef Arillo, Cecilia Alvarez, Lucia Albo, Pilar Cebirvin, Clotilde Albo, Margarita Chasco, Micaela Garcia, Cecilia Santa Cruz, Calixta Azpillaga, Concepcion Dueñas, Faustina Fernandez, Catalina Ochoa, Lucia Ramirez, Vicente Correa, María Fernandez, Leon Hueto, Juliana Nicolás, Gabina San Millán, M. tea Reguiuvate, Fermina Garcia, Josefa Perez, Félix Arina, Panteleon Martinez, Dominica Isarrola, Francisco Ruiz, Manuela Alonso, Bibiana Alegre, María Muzeto, Martina Oyon, J. rita Clasico, Simona Garcia, Petra Tiberio, Petra Moreno, Trinidad Ezeaña, Ediviges Arnedo, Juana Aramay, Juana Tiberio, Luciana Rivas, María Matias Gonzalez, Francisca Accarate, Dominica Mirusi, M. gisela Norolas, Ambrosio Cadarso, Andrea Arnelo, Juana Garcia, Dolores Uarguiz, M. ría Arrieta, Gertrudis Notario, Francisca Perez de Viñaspre, Catalina Pellejero, Hilario Saenz, Manuel Saenz, M. nuela Caballero, Fernando Antoniana, Inocencia Antoniana, Victoria Antoniana, Nazario Bonafas, Faustina Saenz, Miguel Ruiz, Alejo Ruiz, Eugenia Ruiz, Pedro Miruri, José Miruri, M. rita Perez, M. riana Arrieta, María Jesús Ochoa de Alda, Beldomera Viente, Juan Matute, Josefina Pindo, Lorenzo Cadarso, Margarita Arbuza, María Mecha ban, Petra Losarcos, Rosario Cueva, Margarita Losarcos, Miguel Ararico, María Neva Antoniana, M. ría Uraste, Andrea Chas-o, Manuel M. drano, Victoria Barrota, Cristina Martinez, Victoriana Victoria, Panteleon Uabarrí, Valentin Uarguiz, Salomé Miguel, Juan Arandia (mayor), Tiburcio Martinez, María Ramos Dueñas, Benita G. y, Dámaso Navarro, Juan Muzeto, Isabel Hernandez-z, Vitoria Kottigui, Isabel M. drano, Leonarda Baraza, Mateo Duque, Ignacio Salvatierra, Idelfonso Sugüas, Leandro Gurria, Gregorio Gurria, Matilde Gurria, Catalina Chasco, Rufica Caribanos, Vicente Zúñiga, Saturnino Arzuiz, Francisca Cenzino, Gerónimo Ramirez, Cándida Ramirez, María Arzuiza, Maximino Martinez, Juliana Bengorechea, Antonia Zúñiga, Petra Cadarso, Eusebia Ariza, Juliana Zalama, Tiburcio del Ciro, Pedro Juan Dueñas, Maximina Dueñas, Petronila Duque, Sebastian Martinez, Francisca Fernandez, Francisco Martinez, Juan G. bno, Dominica G. bno, Agustina Moreno, Antonia Chada, Felix Correa, Gerónimo Saenz, Marcelina Madara, Vicenta Ezulaz, Juan Oro, Luis Oro, Dolores Gonzalez, Domingo Notario, Vicente Samaniego, Sebastian Saenz, Victor Isasi, Manuel Ruiz, Claudio Bonafas, Magdalena Ruiz, Josef Hernandez, Juliana Aramay, Manuela Losarcos, Cecilia Fernandez, Domingo Bonafas, María Yañiz, Saturia Enrique, Petra Nicolás, Antonia Gonzalez, Anastasio Nicolás, Bibiana Carrondo, Isabel de la Asuncion, Lucia M. drano, Valentin Melrano, Anselma Fernandez, Julia Arandia, Dimso Arandia, Josef Fernandez, Francisca Barrazan, Anacleto Calvo, Patricio Quintana, Justa Luquintana, Petronila Saenz, José Aramayones, José Samaniego, Francisco Azcarate, Pedro Moreno, Santiago Fernandez, Presbitero.

Los expnantes, con el debido acatamiento y en  
o del derecho que la Constitucion les concede, acun-  
n ante el Trono de V. M., suplicando que de nin-  
gun modo y por ningun motivo, por muy espesiosos  
que puedan precer, se preste á reconocer el llamado  
reino de Italia, agrupamiento de partes que se repen-  
len, y confiscado á costa de usurpaciones descar-  
das, y de repetidos actos de iniquidad, á injusti-  
cia y de violencia, contrarios á toda ley y derecho,  
actos que la conciencia universal abomina y condena,  
y, finalmente, odioso sacrilegio por parte de sus au-  
tores y adherentes, declarado tal solemne yoficialmen-  
te por la suprema autoridad de la Iglesia nuestro San-  
tísimo Padre Pío IX.

Al dirigir, Señora, á V. M. esta reverente súplica es porque tenemos el profundo convencimiento de que semejante resolución sería el suceso más triste y funesto al Catolicismo español, muy peligroso al Trono y á la dinastía de V. M., contrario á los verdaderos y legítimos intereses de la patria, y hasta el más repugnante y ofensivo á la nobleza, á la lealtad y á la indulgencia de esta nación pudorosa y altiva, que jamás se degradó con actos de vergonzosa debilidad ni de convivencia en favor de la iniquidad y de la injusticia, poderosos y triunfantes. Y los exponents, Señoras, somos muy católicos, por la gracia de Dios, muy amantes del Trono de nuestros Reyes, muy amantes de la dinastía y de la augusta persona de V. M., y, sobre todo, encarecimiento, de la madre patria, para que nos tálramos de elevar nuestra voz, aunque humilde, hasta el augusto Trono de V. M., cuya importante vida pedimos guardo Dios dilatada años.

Plasencia de Extremadura, día 10 del mes de Julio de 1863.—Señora.—A L. R. P. de V. M.—Licenciado Námulo Mateos Oliva, Presbítero, Cura párroco de San Martín.—Antonio Lucas Silva.—Juan Antonio Ruda.—Antonio Garfía y Mora.—Antonio Díaz Sánchez, catador del seminario.—Lorenzo Matótes.—José Benigno Álvarez.—Juan Manuel Calvo.—Francisco Gómez y Perras, Presbítero.—Manuel de la Calle.—Patricio Oliva y Rodríguez.—Juan Rodríguez.—Miguel Cándido y Fernández, Presbítero.—Vicente Car-



rillo Irano.—Eusebio Fernandez Caño.—Luis Rubio.  
—Licencia lo, Angel Jimenez Crespo, Cura ecónomo  
de San Pedro.—Dimitrio Gilete Amado, Presbítero.—  
Francisco Suarez.—Joquin Rosado.—Valentin Gamo.  
—Francisco Matias Rada, Cura de San Nicolás.—Be-  
nito Alonso.—Manuel Alvarez.—Quintín Ramos.—  
Isidro Mayoral.—Vicente Diosdado y Nuñez, Presbí-  
tero.—Miguel Diaz Cruz y Mizou.—Ramon García y  
Mora.—Rafael Montoto de la Calle.—Romualdo Ri-  
cardo Madrid, Beneficiado de la catedral.—Doctor,  
Francisco Navarro, Cura ecónomo del Salvador.—  
Gregorio Miron.—Juan Perez Alcalá.—Manuel Blanco.  
—Miguel Herrero.—Manuel Perez.—Felipe Gilete  
Amado, Ecónomo de San Juan.—Carlos Sanchez,  
Presbítero.—Licenciado, Juan Izquierdo y Nieto.—  
Doroteo Izquierdo y Nieto.—Eloy Izquierdo y Nieto.  
—Licenciado, Juan Izquierdo y Nieto.—Manuel de la  
Oliva.—Guillermo Izquierdo y Nieto.—José María  
Barrio, Presbítero.—Ramon Gillen Aguado, Presbí-  
tero.—Manuel Navarro.—Licenciado, Domingo Benifa-  
cio Barahona, Presbítero.—Andrés Alvarez, Presbí-  
tero.—Toribio Barahona.—Juan Barahona.—Pedro  
Thy Colmenar.—Gaspar Perez Alcalá.—Licenciado,  
Higinio Fernandez y Brown.—Valentin Neria.—Pedro  
Moreno.—Atanasio Salado Balbondo.—Pedro Himno.  
—Victoriano Escudero.—Juan Lopez.—Licenciado,  
José Izquierdo.—Doroteo Tachese.

## LAS EXPOSICIONES.

El día mismo en que apareció en la *Gaceta* el programa del actual ministerio, uno de cuyos principales puntos era el reconocimiento del mentido reino de Italia, publicamos en EL PENSAMIENTO un artículo excitando a los católicos españoles a dirigir reverentes exposiciones a su majestad, suplicándola que no accediera nunca al infame proyecto de su Gobierno.

No nos pusimos de acuerdo con nadie para dar ese consejo a los católicos: tan natural, tan obvio, tan conforme a los principios de sana moral y a los antiguos usos y costumbres de la Monarquía española nos pareció este recurso, que ni aún se nos ocurrió la posibilidad de otro mejor, más respetuoso, más cristiano, ni más eficaz.

Brota pues aquella idea de la abundancia del corazón, del deseo purísimo y veheméntísimo de evitar duelos a nuestra santa Religión, desdoro a nuestra amada patria y herida profunda al corazón de nuestro amorosísimo Padre el venerado Pío IX.

Ni por un sólo momento nos asaltó el temor de quedar desairados. Hace mucho tiempo que es norma de nuestra conducta pública decir la verdad desnuda de artificios, y proponer lo que creemos justo sin inquietarnos lo más mínimo por los resultados. En una época como la presente de vacilación, de contemporizaciones, de miedo y cobardía encubiertos con el nombre de prudencia y respetos humanos, creemos más que nunca necesario el inflexible propósito de arrojar la semilla del bien, dejando a la Divina Providencia el cuidado de hacerla germinar en tiempo y sazón convenientes. Cumplir cada cual su deber, es la manera más eficaz de reformar la sociedad civil, de que esta no claudique ni se extravie.

Fuera de que, lo decíamos en el expresado artículo, es moralmente imposible que una voz católica que se eleva en favor de la Religión con plena sinceridad y verdadero entusiasmo, quede sola en una nación de quince millones de católicos. Ponemos a Dios por testigo de que nuestros acentos en tan solemne ocasión han sido pura y exclusivamente inspirados por el sentimiento religioso. No ha habido en nuestra excitación a las exposiciones otra idea que la de evitar un mal gravísimo y cierto a la Religión única verdadera, un baldón a España, una inmensa y acaso mortal aflicción a Pío IX.

Por eso advertimos que la cuestión no era política para nosotros; que podía y debía firmar las exposiciones toda persona sinceramente católica, cualesquiera que fuesen sus aficiones meramente políticas; y repetimos hoy que no buscamos ni nos proponemos siquiera la caída de un ministro, sino el triunfo de la verdad y la justicia.—Desista el ministerio presidido por el general O'Donnell de reconocer la iniquidad, la expoliación y el sacrilegio, obre en todo lo demás con arreglo a los principios religiosos, y perpetúese en el poder, viva mil años en el Gobierno, que ni apetezcamos, ni envidiamos. En eso está cifrada nuestra inmensa ambición: en vivir oscuros, pobres y retirados de los empleos públicos, alegremente ocupados en cantar alabanzas a este Gobierno y a cualquier otro que ame y respete la Religión de nuestros padres, y obre de conformidad con su amor y respeto.

Pero si se obstina ciegamente en seguir por la senda del error, nosotros nos creemos obligados en conciencia a echar mano de todos los medios lícitos y legales para impedir que se precipite en el abismo, abrazado con la hora española, que se hundirá con él.

Oraciones, ruegos, lágrimas, brazos levantados en suplicante ademán, clamores, gemidos de hombres y mujeres, de niños y ancianos, he aquí las armas de nuestra rebelión. Propósito firme y solemne de no tomar jamás parte alguna en ese milhadado reconocimiento, de estar siempre pendientes de la voz del Vicario de Jesucristo, de vivir estrechamente abrazados a sus pies, de agruparnos respetuosa y amorosísimamente a su lado; juramento de perder mil vidas que tuviéramos antes de serle infieles, y de obedecerle a él y sólo a él en las cosas del orden espiritual, como son todas las de honestidad y justicia; cariño de hijos a su padre, sumisión de discípulos a su maestro, respeto al anciano, veneración al sucesor de Pedro, ternura, fidelidad, lealtad, fe y entusiasmo; he aquí la bandera de nuestra fac-

ción. No tenemos ni queremos otras armas ni otra enseña.

Y con ellas esperamos vencer.

A los pocos días de haber escrito nuestro artículo, el Sr. Nocedal con su elocuencia, de amigos y adversarios reconocida, hizo una ardiente excitación a los pueblos en el Congreso: y los Prelados que no necesitan oír nuestra voz ni la de ningún hombre político, que no viven en la atmósfera de los partidos, obrando con esa independencia que les viene de lo alto, y con esa sabiduría inspirada por el Espíritu divino, antes que todos nosotros y sin tener para nada en cuenta lo que nosotros hacemos ni decimos, comenzaron a suplicar a S. M., a darle las consejos que por disposición de Dios deben oír y acatar todos los hombres, desde el más humilde hasta el más alto, desde el último súbdito hasta el Soberano.

Y con su ejemplo se ha conmovido el suelo español. Fuego de entusiasmo hace estremecer las montañas, hincan los valles y rompe el hielo que la incredulidad ha esparcido en las ciudades más populosas. Millares de brazos se tienden para firmar exposiciones, y se levantan trémulos hacia el Trono. No se ha visto cosa igual hace muchos años: no hay rincón de España de donde no se dirijan súplicas a su majestad; no hay hogar en donde por lo menos el corazón de una mujer ó de una niña, tal vez la esposa y las hijas de los más acérrimos enemigos de la Santa Sede, no se levante son fervientes oraciones por el Padre Santo.

No se ha visto cosa igual; podemos afirmarlo con seguridad por las noticias que tenemos. Nuestras columnas, que están rebosando en peticiones entusiastas, no bastan ya, y sólo de firmas pudiéramos llenar todas ellas.

El clamor es general; no se circunscribe a provincia alguna: brota como la yerba en primavera, desde los valles más pingües hasta las rocas más peladas. Nunca la conciencia pública se ha mostrado tan unánime y espontánea. Nunca la alarma ha cundido con tanta rapidez; nunca la consternación ha tenido más veloces alas. Nuestros adversarios se resistirán a creerlo (¡qué lástima nos inspira su incredulidad!) pero es lo cierto que las exposiciones vienen sin organización ninguna, con el desorden de lo imprevisto, con la variedad de la falta de sistema y al propio tiempo con la unidad de la fe y de la aflicción. No hemos hecho otras excitaciones que las que públicamente aparecen en nuestro diario; no llegan a una docena las cartas particulares en que por incidencia hemos hablado de este asunto. No hay en él sombra siquiera de artificio ni de violencia: hasta las exposiciones de Madrid se nos han presentado cubiertas de firmas, cuando ni siquiera sospechábamos que se hubiesen redactado.

El dedo de Dios está aquí, debemos decir con la Sagrada Escritura. El dedo de Dios ha inflamado los labios de nuestros Prelados; el dedo de Dios ha puesto relámpagos en boca de los oradores católicos, el dedo de Dios ha tocado el corazón de los escritores religiosos, el dedo de Dios está señalando al general O'Donnell el rumbo que debe seguir y le suscita esos obstáculos en el mal camino que ha emprendido, para que retroceda sin desdoro, confesando innegablemente que se ha equivocado, que no conocía a España al proponer a S. M. con errónea conciencia sin duda, no por malicia, el anti-católico proyecto del reconocimiento.

El dedo de Dios está aquí para dar a conocer a los impíos cuán hondo, cuán vivo es todavía en España el sentimiento religioso. El dedo de Dios está aquí para hacerles comprender que no se puede tocar en nuestra nación a la unidad del culto católico. El dedo de Dios está aquí para contener a España al borde del precipicio.

Sigamos orando y sigamos pidiendo Oraciones y exposiciones, y España seguirá siendo España, católica, singularmente católica, exclusivamente católica, y alzará su frente inmaculada sobre las demás naciones, ceñida con la diadema de su unidad religiosa, bajo el manto de la Madre de Dios que visible y especialísimamente la protege.

FRANCISCO N. VILLOSLADA.

Días pasados dimos la noticia de haber llegado a Barcelona una escuadra inglesa. Como es costumbre en semejantes ocasiones, se permite la entrada en el navío almirante a cuantas personas gusten visitarlo.

Varios periódicos nos han hablado de la galantería de la oficialidad y marineros de la escuadra y de los obsequios que prodigan a la multitud que los visita atraída por la curiosidad; pero lo que ninguno nos ha dicho y lo que no hubiéramos creído a no tener a la vista una carta en que se nos da noticia del hecho, es que entre aquellos obsequios figura el regalo con profusión de ciertos libros *non sanctos*, no destinados por cierto a fortalecer la fe católica de sus huéspedes.

La carta a que nos referimos nos indica la probabilidad de hacer que llegue a nuestras manos alguno de dichos libros, en cuyo caso podremos hablar con entero conocimiento de causa. Miéstras tanto, nos limitamos a denunciar el escándalo, que no sabemos si a esta fecha habrá sido notado y corregido por las autoridades de aquella capital.

Por el correo de hoy hemos sabido que el

También sabemos que con la misma indicación fecha, ha dirigido a S. M. una exposición en igual sentido el Excmo. Sr. Arzobispo de Tarazona.

Hoy hemos recibido las que con igual motivo han dirigido los Ilmos. Prelados de Osma y Vitoria, que mañana tendremos el gusto de publicar en nuestro periódico.

## Leemos en La Correspondencia:

«Parece haber sido ya admitida la dimisión que del cargo de embajador de España en París ha presentado el Sr. D. Alejandro Mon.

Ayer en los círculos políticos se citaba por unos como sucesor probable del Sr. Mon al marqués de Molins, mientras otros seguían aún creyendo que lo sería el Sr. Isturiz. También se decía que si el señor Rios y Rosas no pasaba a la vice-presidencia del Consejo de Estado, se le designaría para la embajada de París; pero como, según se asegura, el Sr. Rios y Rosas irá al Consejo, quedan divididas las probabilidades entre los señores marques de Molins é Isturiz.»

El señor marqués de Molins era individuo del Gabinete del conde de San Luis, derribado en 1834 por la revolución a cuyo frente se puso el general O'Donnell.

Por un respetable Sacerdote que acaba de llegar de Roma, hemos tenido la satisfacción de saber que nuestro Padre Santo goza, a Dios gracias, de excelente salud.

Pío IX tenía ya noticia del cambio de ministerio español y de los planes del general O'Donnell respecto de Italia. Hablando con nuestro amigo acerca de esto, Su Santidad dijo en buen castellano, con semblante tranquilo y con la santa alegría que inspira aun en las mayores aflicciones la conformidad cristiana: «Hágase la voluntad de Dios así en la tierra como en el cielo.»

Loado sea El, que en los tiempos de prueba para la Iglesia que alcanzamos, se digna conservar al frente de ella un hombre que con sus admirables virtudes tan bien sabe hermanar la mansedumbre cristiana con la firmeza en el sostenimiento de la verdad.

El Padre Santo se ha dignado enviarnos por conducto de nuestro amigo la bendición apostólica, y nosotros la recibimos con toda nuestra alma, deseosos de que esta gracia haga en nosotros que nunca nos separemos en la defensa del Catolicismo, de los ejemplos admirables de firmeza y mansedumbre que nos está dando todos los días el Sumo Pontífice.

## Dice La Correspondencia:

«Ninguna noticia autorizada confirma hasta ahora lo que dice la *Regeneración* acerca de la dimisión del confesor de S. M. Informes que tenemos por muy dignos nos hacen creer que tal especie no es exacta, y que tanto este respetable Prelado como el no menos respetable Padre Cirilo, de quien la prensa se ha ocupado estos días, están observando una conducta sumamente conciliadora y prudente. Así nos lo escriben al menos de la Granja.»

Inspiradas en el mismo espíritu que ha dictado las precedentes líneas, hemos visto otras en algún otro periódico, pero sólo con referencia al confesor de S. M.

No sabemos ya, ayer lo decíamos, si es ó no cierto que el Excmo. Sr. Claret ha renunciado su cargo; ignoramos si ha manifestado a *La Correspondencia* ni a sus informantes su juicio respecto a la cuestión a que se alude; pero lo que rechazamos con indignación, como dicho en mengua de un Obispo católico y con fines hartos conocidos, es que ni el Excmo. Sr. Claret, ni el Excmo. señor Cardenal Arzobispo de Toledo, ni ningún otro Prelado de España observen esa conducta que *La Correspondencia* llama *conciliadora*; expresión que en boca de los liberales todo el mundo sabe lo que significa. Los Obispos españoles, como todos los del orbe católico, no buscan jamás conciliación alguna cuando se trata de sancionar el horrible y sacrilego despojo de los Estados de la Santa Sede, que forman parte del llamado reino de Italia.

## Allá va otra noticia de La Correspondencia:

«Ayer se aseguraba que el Nuncio de Su Santidad en esta corte ha recibido despachos del Gobierno pontificio, cuyo contenido y cuyo espíritu sirven de confirmación de la actitud benévola en que hemos dicho que el Pontífice ha recibido la noticia del acuerdo del Gobierno español respecto al reconocimiento del reino italiano. Así lo dice *La Patria*.»

Pues dígame *La Patria* ó dígame quien quiera, nosotros aseguramos, sin temor de que se nos desmentia, que es completamente falso que ni ayer ni otro día se haya recibido despacho ninguno del Gobierno pontificio en que se mire con benevolencia el propósito de que España reconozca el latrónimo italiano.

Esperábamos mucho del *sans facon* de los periódicos liberales, pero a la verdad no se nos había ocurrido nunca que llevasen hasta tal punto su desfachatez.

¿No han escarmentado aún con el solemne mentis que les han valido noticias análogas en los días pasados?

Son tantas las exposiciones que recibimos todos los días contra el reconocimiento del mal llamado Reino de Italia, que su inserción haría de retardarse más de lo que quisiéramos. Sin embargo, prometemos publicarlas todas.

Sin coartar en lo más mínimo su libertad de acción, nos atrevemos a suplicar a los exponentes que procuren ser breves en las peticiones, y que veagan estas muy nutridas de firmas.

Continúan los periódicos liberales insultando a su placer a los Reverendos Prelados que piden

a S. M. que no reconozca el llamado reino de Italia. Felicitamos de nuevo a los Reverendos Prelados.

Según anuncian los diarios de la república de Chile, se han arreglado ya las diferencias pendientes entre aquel Gobierno y el de España, mediando sólo, a lo que parece, algunas notas.

No teniendo hoy espacio para ocuparnos en este asunto, nos limitaremos a reproducir las siguientes líneas de un órgano noticiero:

«A pesar de que nada se sabe en contrario de lo que hemos dicho respecto a la paz de Chile, creemos prudente y necesario en asunto de tal importancia esperar antes de formar sobre él juicios, a que el Gobierno reciba los documentos oficiales que corroboren lo dicho y proporcionen el conocimiento exacto de todos sus detalles.

En tanto que estos no se conozcan sería temerario aventurar creencia alguna, toda vez que el Gobierno puede prestar ó negar su aprobación a lo que hasta ahora se haya convenido.»

La *Gaceta* de hoy publica varios Reales decretos nombrando presidente del Consejo de Estado á don Antonio de los Rios y Rosas, gobernador de Badajoz á D. Joaquin Gallego, de Albacete á D. Cándido Donoso, de Canarias á D. José Cabezas de Hevan, de Teruel á D. Joaquin Medina Rodríguez, de Palencia á D. Federico Villalva, de Huelva á D. Francisco Sarmiento, de Pontevedra á D. Eduardo Gasset y Artime.

Ha fallecido en Tortosa el 12 del corriente el Presbítero licenciado Sr. D. Jacinto Dolz. Dios le tenga en su santa gloria.

En la misma ciudad, previos los ejercicios literarios, fué elegido el día 13 Canónigo magistral de aquella Santa catedral el joven profesor de filosofía de aquel seminario, licenciado D. Francisco Vilaret, hijo de aquella ciudad y de brillantes cualidades.

El Sr. D. Juan Manuel Diana, celebrado poeta, probo y honrado ciudadano, y que después de veinte años de servicios había llegado, por rigurosísima escalafón, a ocupar recientemente la plaza de archivero del ministerio de la Guerra, ha sido declarado carente.

En su lugar ha sido nombrado el Sr. Coig.

—¿Quién es este señor?

—Un sobrino de D. Leopoldo.

—¡Yaas!

## PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE MAYO. Santa Sinforosa y sus siete hijos mártires, y Santa Marina, virgen.

SANTOS DE MAÑANA. San Vicente Paul, y Santos Justa y Rufina, vírgenes y mártires.

CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia-hospital de mujeres Incurables (calle de Amariel), donde se celebrará la fiesta de San Vicente Paul, con Misa solemne y sermón, que predicará un buen orador, y por la tarde se cantarán completas, terminando con procesion de reserva.

Según celebrándose las novenas de Nuestra Señora del Círm en los términos que los días anteriores, y predicarán, en San Ginés D. Genaro Herrero en la Misa mayor, y D. Gregorio Montes en los ejercicios de la tarde, y en el Círm Calzado distinguidos oradores.

En la iglesia de Monserrat y en San Ignacio se hará la duodena mensual al Patriarca San José.

Al anochecer predicará en la bóveda de San Ginés D. Basilio Sanchez Granle.

VISTA DE LA CORTE DE MARÍA.—Nuestra Señora de la Visitación en los dos monasterios de señoras Sales Reales, ó la de las Victorias en la Encarnación.

Se reza de Santos Justa y Rufina, vírgenes y mártires, con rito doble y color encarnado.

## VARIEDADES.

## REVISTA DE MADRID.

Tenía yo por cosa segura que no había nada tan dislocado como la sociedad en que vivo y el mundo en que me encuentro.

No se me ha ocurrido nunca la idea de sospechar que pudieran haber una relajación de vínculos mayor que la relación que desde hace mucho tiempo observo en todas las coyunturas del cuerpo social que se agita á mi alrededor ejecutando las más maravillosas contorsiones.

Mis conocimientos acerca de la elasticidad de los cuerpos no habían pasado del triste estudio á que se presta la fabulosa flexibilidad que han adquirido todos los sentimientos.

Ignoraba yo que en punto á dislocaciones pudiera presentarse un ejemplar más acabado, y digámoslo así, más perfecto, que este nudo espantoso de pasiones y de intereses, de vicios y de errores, que enroscándose entre sí forman el conjunto animado de esta revuelta Babilonia.

Pero este error en que yo vivía se ha desvanecido.

Hay algo más dislocado que esta reunión de seres humanos que formamos la presente sociedad y ese algo es un hombre, y este hombre se llama Mr. Pietrópolis.

Mr. Pietrópolis es un hombre; á lo menos un naturalista no tendría inconveniente en asegurar bajo juramento, que examinando en todos los pormenores de su estructura, Mr. Pietrópolis está construido en el taller donde se construyen los hombres.

Pero Mr. Pietrópolis posee hasta el último secreto de la dislocación, y de su conjunto de hombre forma según su voluntad ó su capricho una serie sucesiva de conjuntos monstruosos en los que la figura del hombre desaparece retorciéndose y audazándose sobre sí misma con tan prodigiosa facilidad, que la culebra más ágil se vería muy apurada para hacer otro tanto.

Hasta ahora el hombre se había golpeado la frente con la palma de la mano, como si la frente fuera la puerta de la casa, y la mano el único alfiler con que pudiera llamarse a la puerta de esa casa.

Mr. Pietrópolis ha descubierto que habíamos equivocado el camino, y lo demuestra golpeándose la parte posterior de la cabeza con la planta del pie con más facilidad que nosotros nos golpeamos la frente con la palma de la mano.

Este hombre, digámoslo así, tiene una alfombra sobre la arena del circo y se destornilla á la vista del espectador, ofreciendo al asombro público las diferentes maneras por medio de las que el hombre puede deshacerse de su noble figura para convertirse en un verdadero hlo de formas humanas.

Observando atentamente las transformaciones que Mr. Pietrópolis ejecuta sobre sí mismo, parece que asistimos al momento misterioso en que, dejando el hombre de ser hombre, se convierte en monstruo.

Dios hizo al hombre de un puñado de barro; pero Mr. Pietrópolis parece que se ha hecho á sí mismo,

empleando con prevision admirable en la construcción de su propio ser la goma y el acero.

Dios hizo al hombre para que no pudiera ser más que hombre; pero Mr. Pietrópolis se ha construido á sí mismo con todas las condiciones necesarias para ser *saltimbanquis*.

Y aquí tiene el *saltimbanquis* en un caso evidente de la generación espontánea.

Mr. Pietrópolis ha descendido bajo la forma común de un hombre toda la rara organización de su particular especie.

Se ha emboscado, digámoslo así, en la figura humana para entretenerse en dislocarla.

Mr. Pietrópolis es un caso en que el hombre es la careta, el disfraz, y el individuo es el *saltimbanquis*.

En presencia del público, Mr. Pietrópolis se desnuda del traje de hombre, y se presenta al asombro de los concurrentes, no como Dios quiso hacerlo, sino como él mismo se ha hecho.

Este prodigio causa una gran admiración que todos experimentan y que ninguno examina, porque siendo tan alegre la superficie de la vida, á nadie le gusta descender al fondo de las cosas, que es siempre triste.

La admiración que causa Mr. Pietrópolis consiste en lo inverosímil de sus monstruosas dislocaciones.

La admiración viene, pues, de que la multitud no ha llegado á comprender todavía cómo un hombre puede dejar de serlo.

Cuando Mr. Pietrópolis se desembara del horrible anudamiento á que condena la noble forma de su ser para admirar y divertir á la multitud, parece como que su figura se levanta más aérea y más gélida, como si el hombre tal como Dios lo hizo se irguiera indignado contra la profanación consumada en su noble figura por la fuerza brutal del *saltimbanquis*.

Mr. Pietrópolis como hombre acaso no pudiera vivir, y ha tenido que dislocarse de una manera bárbara para adquirir una profesión capaz de ponerlo en actitud de ganarse la vida.

Respetamos este secreto de la industria en que viene a ser un arte la degradación pública de la figura humana.

Pero al fin Mr. Pietrópolis no hace más que poner su cuerpo en el tormento de la necesidad; ha hecho de la elasticidad de sus músculos los instrumentos de su oficio; ha dislocado sus miembros para poder vivir, eligiendo el oficio más inútil para los demás y más útil para sí mismo.

Al fin sea como quiera Mr. Pietrópolis no hace más que escarnecer la figura humana; es una cara que hace muecas horribles y prodigiosas; es un hombre, en una palabra, que juega con su vestido de hombre.

Pero eso mismo que hace Mr. Pietrópolis con los músculos, lo están haciendo muchos hombres con el entendimiento.

Hay inteligencias completamente dislocadas que están arrojando constantemente á la arena de este circo en que vivimos las más monstruosas combinaciones.

Hay *saltimbanquis* como Mr. Pietrópolis que hacen de su cuerpo lo que quieren; hay entendimientos que hacen de la lógica lo que les trae cuenta.

Hay también inteligencias de goma.

Mr. Pietrópolis se burla de la forma; esos entendimientos se mofan de la esencia.

Mr. Pietrópolis pisa su propio cuerpo; esos hombres pisan su propia alma.

El uno es un hombre que se ha hecho *saltimbanquis*; los otros son *saltimbanquis* que se han hecho hombres.

No acaban aquí las maravillas del Circo del Príncipe Alfonso.

Nathalie, Leontine, Blanche.

—¿Qué tres nombres son estos?

—Son tres nombres de tres criaturas prodigiosas.

Son tres niñas que la edad las forma en este orden.

Seis años, ocho años, diez años.

Son tres ángeles que ejecutan admirablemente todo género de diaburas.

Son tres plumas que se agitan reposadamente en el aire con el pretexto de una cuerda.

Son tres cuerpos sin gravedad específica: tres caras risueñas, tres cabezas rubias que se suspenden en el aire sostenidas por tres cuerpos que la naturaleza no ha acabado de formar todavía.

Nada debe haber más alegre que el vuelo de un ángel; nada hay más risueño que los juegos de un niño; pero el vuelo de un ángel y los juegos de un niño en un circo de caballos, es una cosa triste, muy triste.

Nathalie, Leontine, Blanche, preciosas criaturas que han devuelto al circo del Príncipe Alfonso su perdido crédito.

¿Cómo se enlazan las cosas! ¿Cuántos recursos tiene la industria! Ayer eran tres leones encerrados en una jaula los que llevaban la concurrencia al Circo del Príncipe Alfonso; hoy son tres niñas que vuelan por el espacio abierto del Circo.

Yo al verlas me he preguntado: «¿Tienen madre esas niñas?»

Esta pregunta me la he repetido muchas veces con esa insistencia con que preguntamos cuando queremos comprender un secreto.

Yo lo sabía, pero quería dejarme en la duda.

Al fin no tuve más remedio que contestarme: «No, me dije á mí mismo, esas niñas no tienen madre, aunque la tengan.»—J. S.

## ULTIMA HORA.

## TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

VIENA, 17.

Los periódicos ministeriales desmienten la noticia de una entrevista entre el Emperador Francisco José y el Rey de Prusia.

TURIN, 17.

El embajador de Francia en Roma, M. de Sartiges, ha sido recibido por el Rey Victor Manuel, y se cree que su viaje se relaciona con las negociaciones entre Roma é Italia.

LIORNA, 17.

El estado sanitario sigue siendo perfecto, y no tienen fundamento los rumores que han vuelto á circular de que se habían presentado algunos casos de cólera.

En la Bolsa se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidado 41-90 publ.  
Títulos del 3 por 100 diferido 39-95 no publ.  
Deuda del personal, 23-45 no publicado.  
Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, 80-00 no publicado.

## ESPECTÁCULOS.

TEATRO DE ROSINI. Función para hoy á las ocho de la noche.—Gran concierto.

Por todo lo no firmado, MANUEL DE TOMAS.

Editor responsable, DON MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejado, Silva, núm. 49, cuarto bajo